

En los desastres tecnológicos o provocados por el hombre, con frecuencia la recuperación es más difícil debido a que existen frecuentes incertidumbres sobre cómo y cuándo se inició el evento, cuándo terminará y qué efectos permanentes enfrentarán los sobrevivientes. Los actos de terrorismo impiden llegar a un «punto mínimo» psicológico, ya que los sobrevivientes pueden continuar sintiéndose temerosos de una repetición del hecho. Los sobrevivientes pueden sentir que el evento realmente no terminará nunca y tendrán dificultades para completar el proceso de recuperación.

Los sobrevivientes a los desastres tecnológicos o hechos por el hombre pueden tener reacciones variadas, dependiendo de si el desastre fue causado por un acto voluntario o por un error u omisión. Las investigaciones han identificado mayor ira y frustración entre las víctimas de este tipo de hechos. En estas situaciones, como tal vez no sea posible identificar a un grupo responsable, las víctimas pueden culpar al gobierno por no haberlas protegido adecuadamente.

El accidente de PanAm, en Lockerbie, la explosión en el World Trade Center de New York y la de la ciudad de Oklahoma, fueron esencialmente actos voluntarios. Cada uno de esos casos planteó interrogantes sobre el fracaso para impulsar un plan de seguridad que previniera o alertara este tipo de hechos. Muchos descargaron sus miedos y sus iras sobre los gobernantes, a quienes acusaron «de haber fallado en su protección». Los socorristas descubrieron que pocas personas en Oklahoma dirigían su furia contra los supuestos perpetradores del atentado. En vez de ello, su enojo se orientaba contra los miembros de la familia, el gobierno o a las agencias de socorro. Muchos profesionales en salud mental observaron que esta distorsión de la ira se debía a la incapacidad de las personas de aceptar que un solo individuo pudo haber atacado a tantas víctimas inocentes. Era más fácil negar esa realidad y convertir la tristeza en furor dirigido hacia cualquier otra parte. Los trabajadores de salud mental tuvieron que brindar mucho apoyo a estas personas.

Sistema de creencias

Son muy diversos los factores que inciden en la forma como un individuo reacciona a un evento traumático. El más importante es el de la pérdida de un ser querido. La muerte de la pareja o de un hijo tendrá un significado mucho mayor que la de la casa, la profesión o las pertenencias personales. También puede tener incidencia sobre la recuperación, la historia anterior de traumas de un individuo como, por ejemplo, el haber perdido antes a otros familiares, pérdidas ocasionadas por otros desastres anteriores, haberse quedado sin trabajo o el no haber superado el duelo provocado por otros acontecimientos.

Resultan vitales la autoestima (sistema de creencias que permite ensanchar las habilidades individuales para sobrevivir a las presiones de la vida) que se tenga y el apoyo proveniente de los compañeros de trabajo, la familia, los amigos, las agrupaciones religiosas o los grupos comunitarios.

La reacción compartida más común frente a los desastres de cualquier tipo y el primer elemento hacia cualquier crisis es el estrés. El estrés es la reacción del cuerpo frente a las demandas que se le plantean. Afecta a las personas física, mental y emocionalmente. Todos los desastres causarán algún nivel de estrés, tanto en los sobrevivientes como en quienes acuden a dar auxilio. Este se expresa, generalmente, por un grado mayor de ansiedad, tensión, aprensión y miedo. El tiempo, la educación y la orientación contribuirán, por lo general, a disminuir estos estados anímicos y permitir que las personas afectadas se enfilen hacia la recuperación.

Un cierto grado de estrés puede también ser positivo. El buen estrés, también llamado «eustrés» («eu», como en euforia) puede contribuir a la motivación. Entre más flexibles y extrovertidos seamos más podemos convertir el estrés en eustrés. El mal estrés tiene lugar cuando la tendencia al perfeccionismo convierte el estrés en desolación. Durante los desastres, el apegarse a este perfeccionismo, cuando se está tratando de terminar con el caos, es lo que contribuye a llevar a los individuos a una situación de crisis.

¿Qué hace que un evento sea una crisis y otro un trauma para los sobrevivientes?

Generalmente el trauma tiene como característica el ser el resultado de una amenaza repentina contra la vida, algo que no encontramos en el estrés. El trauma se produce cuando una persona siente que podría haber muerto y que está indefensa, impotente y abrumada. Es inesperado y con frecuencia está acompañado por un gran miedo.

Las reacciones iniciales al terrorismo varían desde el choque, la negación y la parálisis, a la ira, el horror, el miedo y la desesperanza. Con el tiempo estas reacciones se pueden convertir en depresión, aislamiento, retraimiento, pérdida de interés en la vida, vacío, culpa, adicción al alcohol y las drogas, y violencia doméstica. Los actos de terrorismo son claramente traumáticos. Las reacciones psicológicas que provoca son mucho más serias, prolongadas y difíciles de recuperar sin la ayuda de otros.

Es común que los socorristas sufran desmesuradamente debido al impacto psicológico recibido. Algunos pueden dejar sus carreras y sus familias, mientras que otros pueden adoptar otro tipo de decisiones igualmente importantes, mientras que permanecen en un estado emocionalmente inestable. Los niños pueden expresar temor de regresar a la escuela, y los padres poco interés de volver al trabajo y dejar a sus hijos. Aquellos que esperan información sobre el destino de sus familiares desaparecidos, especialmente si son niños, pasarán del dolor persistente y desconsolado a la esperanza y a la ansiedad.

Muchos sobrevivientes y los familiares de las víctimas pueden desarrollar los síntomas propios del estrés postraumático, como son alteraciones en el sueño o en los pensamientos, sueños y recuerdos frecuentes e intrusivos del evento y de cómo sus seres queridos quedaron heridos o lastimados.

Puede existir la persistente necesidad de evitar lugares y momentos que hacen recordar la tragedia, sentimientos de extrañamiento de los otros, parálisis y duelo del que no se sale. Estas reacciones ocurren también entre los socorristas. La permanencia de estos síntomas, que llegan a interrumpir la capacidad de trabajar o normalmente evidencian que se está ante el Desorden de Estrés Postraumático. En este caso es recomendable la orientación psicológica o el tratamiento médico.

En aquellas áreas donde existe una fuerte influencia religiosa, los afectados por una crisis de ese tipo con frecuencia recurren a los sacerdotes a buscar ayuda. Aquellos que creen que la oración les ayudará a superar cualquier problema en la vida, pueden buscar a los profesionales de salud mental para que los ayuden a hacerle frente a la situación, lo que origina a su vez, estrés en los sacerdotes cuando estos buscan respuestas que puedan ofrecer alguna tranquilidad a sus congregaciones, por lo que ellos mismos deben buscar ayuda profesional.

Efecto ondulatorio

¿Cómo se puede identificar a aquellos que requieren servicios psicológicos y cómo atender sus necesidades? La identificación y la ayuda inmediata de las víctimas son fundamentales para disminuir la intensidad de las reacciones y el impacto psicológico, a largo plazo, de un desastre. Las necesidades pueden ser señaladas por lo que se llama el «efecto ondulatorio», el cual se expande conforme pasa el tiempo.

Aquellos que tienen un familiar muerto o seriamente herido, necesitan un apoyo más cuidadoso y durante más tiempo. Quienes tienen familiares desaparecidos pueden requerir una asistencia individualizada durante la espera. Los desplazados son los que siguen en necesitar asistencia. Por lo general, los amigos y conocidos de las personas muertas o heridas requieren también esos servicios. Se incluyen en este grupo a los grupos religiosos, sociales y laborales.

Por lo general, no se presta atención al clero y al personal hospitalario estrechamente vinculado a la asistencia a los sobrevivientes. Los vecinos que se enfrentan diariamente con el recuerdo del desastre, pueden también resultar perjudicados. En los países industrializados, la influencia de los medios de comunicación provoca problemas a miles de personas en todo el país. Se requerirá apoyo para aquellos que participan en el rescate, la recuperación y el socorro.

A diferencia de muchos otros desastres, donde la gente rechazó el auxilio de salud mental, en la ciudad de Oklahoma una gran cantidad de personas solicitaron este tipo de asistencia, incluidos miembros de la policía, bomberos, servicios médicos y el clero.

La salud mental es uno de los componentes entre muchos que deben ser integrados plenamente en un plan de desastres. Además de identificar la población meta, se requiere un componente específico de acción sobre salud mental. ¿Cómo son los servicios de salud mental en el área y qué tan receptivos son los habitantes y los socorristas a su colaboración? ¿Tiene alguien la responsabilidad por el bienestar psicológico de la comunidad? ¿Cuáles son las destrezas específicas y las experiencias de cualquier practicante privado o de aquel a quien se recurre para recibir apoyo psicológico?

Guía de recursos

En el contexto de la respuesta a los desastres, en Norteamérica la preparación ante desastres incluye una guía de los recursos disponibles de la comunidad de salud mental. Destrezas y conocimientos particularmente necesarios son la experiencia y la capacitación en valoración psicológica, trauma, duelo y pérdidas de seres queridos o bienes, la contención tras eventos críticos y la intervención en crisis. El contar con personas que tengan estas destrezas, garantizará una respuesta apropiada y oportuna. Es esencial contar con una línea telefónica 24 horas al día. Muchas personas pueden mostrarse recelosas de presentar personalmente sus síntomas, pero pueden estar dispuestas a hacerlo por teléfono. Como es necesario ofrecer, inmediatamente, evaluación y referencia a aquellos que sufren, la línea telefónica debe estar en funcionamiento en las 24 horas siguientes a un desastre.

Debe quedar claro durante el proceso de planificación que los servicios de salud mental en los desastres deben ser muy concretos.

Como las víctimas están concentradas en sus pérdidas físicas y materiales, con frecuencia el solo hecho de contribuir a que tengan acceso a recursos de apoyo y el proporcionarles información, reducirá el estrés. El apoyo psicológico, tanto para las víctimas como para los trabajadores, debe estar integrado a las actividades generales de recuperación después de los desastres.

Varias enseñanzas importantes se obtuvieron de la experiencia de la atención dada después de la explosión en la ciudad de Oklahoma: se debe instalar lo más rápidamente posible un centro de reclutamiento de trabajadores de la salud mental; los consejeros voluntarios deben de aportar documentación apropiada sobre sus credenciales; estos deben ser seleccionados para valorar sus motivaciones y sus destrezas; estos deben ser asignados a turnos específicos, generalmente no superiores a las ocho horas y preferiblemente menores de cuatro si están trabajando en un ambiente emocionalmente tenso; se debe de mantener un registro exacto de todos los detalles personales de los voluntarios, credenciales, destrezas y horarios, etc; se deben utilizar los servicios de destacados dirigentes de la comunidad local de salud mental para apoyar la selección y supervisión de los voluntarios.

Contención emocional

La asignación de tareas debe basarse en las destrezas y en la educación. Por ejemplo, aquellos con antecedentes en el manejo de duelos y pérdidas deben asignarse a los equipos que trabajan en estos casos. A los que poseen preparación y experiencia en intervención, crisis o traumas, se les incorpora a los equipos que atienden a los heridos, a los familiares de estos o a quienes experimentan una fuerte conmoción emocional. A todos los trabajadores debe de dárseles la oportunidad de recibir contención emocional durante su trabajo y al final de su tarea.

Se debe asignar a los trabajadores de rescate, a los socorristas y a los voluntarios, turnos específicos de trabajo y se les debe pedir que abandonen el lugar cuando terminan su turno.

Las sesiones de contención, les ayudan a pasar de la situación de desastre a la normalidad. También les dan preparación sobre las posibles reacciones emocionales y les sugieren métodos de enfrentamiento, tales como la relajación y el sueño. Deben existir días libres obligatorios, al menos dos a la semana, durante la fase posterior a un desastre, cuando el nivel de estrés llega a su punto más alto.

Los funcionarios deben rotarse y dejar de hacer una tarea que han estado llevando a cabo durante 14 días. Se les debe impedir que se hagan cargo de otras similares, en otros desastres especialmente estresantes, antes de que haya transcurrido por lo menos un mes. El personal y los nuevos voluntarios deben ser seleccionados para garantizar que hagan el trabajo que corresponde. Muchos de los trabajadores asignados a la ciudad de Oklahoma tenían traumas anímicos no resueltos, que se exarcebaron allí.

A los trabajadores se les debe valorar frecuentemente la estabilidad emocional y se les debe ofrecer orientación si es necesario. No es aconsejable que se desarrollen relaciones duraderas entre las víctimas y los socorristas. También se les debe ayudar a las familias de los trabajadores para que ellas contribuyan a facilitar su regreso a la vida normal

«Proyecto Heartland»

El bienestar emocional de una comunidad es, en última instancia, responsabilidad de los profesionales locales. El papel de los que llegan temporalmente es darles apoyo durante la primera fase del desastre por cuanto las dimensiones de este pueden haberlos convertido, a su vez, en víctimas

Planear la vuelta a la normalidad de los servicios, es algo que debe empezar inmediatamente. En Oklahoma, 24 horas después de la explosión, la Cruz Roja comenzó a tener reuniones diarias con el Departamento de Salud Mental del Estado de Oklahoma. Durante esas reuniones se señalaron las necesidades y se hicieron los planes para un tránsito paulatino de la Cruz Roja al Proyecto Heartland: programa especial diseñado por el Estado para brindar orientación de corto y largo plazo a los afectados emocionalmente.

Debido a la complejidad de las necesidades y a la carencia de personal calificado, los servicios del Proyecto no estuvieron disponibles sino seis semanas después de la explosión. La Cruz Roja contribuyó a llenar este vacío, en cooperación con el Hospital de la Administración de Veteranos de Oklahoma y con muchos terapistas privados que continuaron ofreciendo su colaboración de manera voluntaria. La Cruz Roja dio capacitación a muchos de estos voluntarios mediante el curso sobre servicios de salud mental durante los desastres. Esto les permitió adaptar sus destrezas profesionales a las necesidades. Gran parte de quienes habían perdido un familiar o de quienes necesitaban tratamiento hospitalario, se hallaban demasiado abrumados como para buscar la asistencia de la Cruz Roja. Esta asistencia incluía el pago de los gastos hospitalarios, funerarios y el traslado de los familiares que vivían fuera del área del desastre. Los equipos de extensión visitaron a quienes necesitaban servicios en sus hogares o en los propios hospitales. Conforme se lograba mejorar el aspecto financiero, la valoración de otras necesidades se hizo posible. Fue factible, entonces, ofrecer servicios inmediatos o referencias adecuadas.

Selección y supervisión

Además de apoyo físico y financiero, las víctimas de los desastres causados por acciones terroristas requieren el psicológico. La recuperación no será total hasta que no se curen las heridas emocionales. Los trabajadores y las organizaciones de desastres tendrán más posibilidades de atender las necesidades de los sobrevivientes si se encuentran preparados para enfrentar sus propias reacciones emocionales. Las organizaciones y entidades gubernamentales deben aprender a trabajar conjuntamente para prepararse para estos acontecimientos. Esto incluye la planificación del uso de los voluntarios, su selección y su supervisión.

Las secuelas emocionales de la explosión en la ciudad de Oklahoma se seguirán

Fuentes, referencias, información adicional

Devlin, Ed. Disaster Recovery Journal, Vol. 8, Issue 3. St Louis, Missouri, 1995.

Hartsough, D. M., and Myers, D. G. Disaster Work and Mental Health: Prevention and Control of Stress Among Workers (Desastres y salud mental: prevención y control del estrés entre trabajadores). National Institute of Mental Health, Rockville. Maryland. 1985.

Hodgekanson, Peter E. and Shapard, Melanie A. «The Impact of Disaster Support Work» (El impacto del trabajo de apoyo en situaciones de desastre), Journal of Traumatic Stress, Vol. 7, no 4. New York: Plenum Press, 1994

Myers, Diane. Disaster Reponse and Recovery: A Handbook for Mental Health Professionals (Respuesta y recuperación de desastres: manual para profesionales de la salud mental). Rockville, Maryland: US Dept. of Health and Human Services, 1994.

Special Issue on Disasters and Crises: A Mental Health Counseling Perspective. Journal of Mental Health Counseling, Vol. 17, no. 3, July 1995.

Weaver, John. D. Disasters: Mental Health Interventions (Intervenciones en salud mental). Sarasota, Florida: Professional Resource Press. 1995

Vin Smed, Director, Reference Centre for Psychological Support, Danish Red Cross, P.O. Box 2600, DK-2100 Copenhagen O, Denmark Tel: (45) (31) 38 1444, fax: (45) (31) 421186.

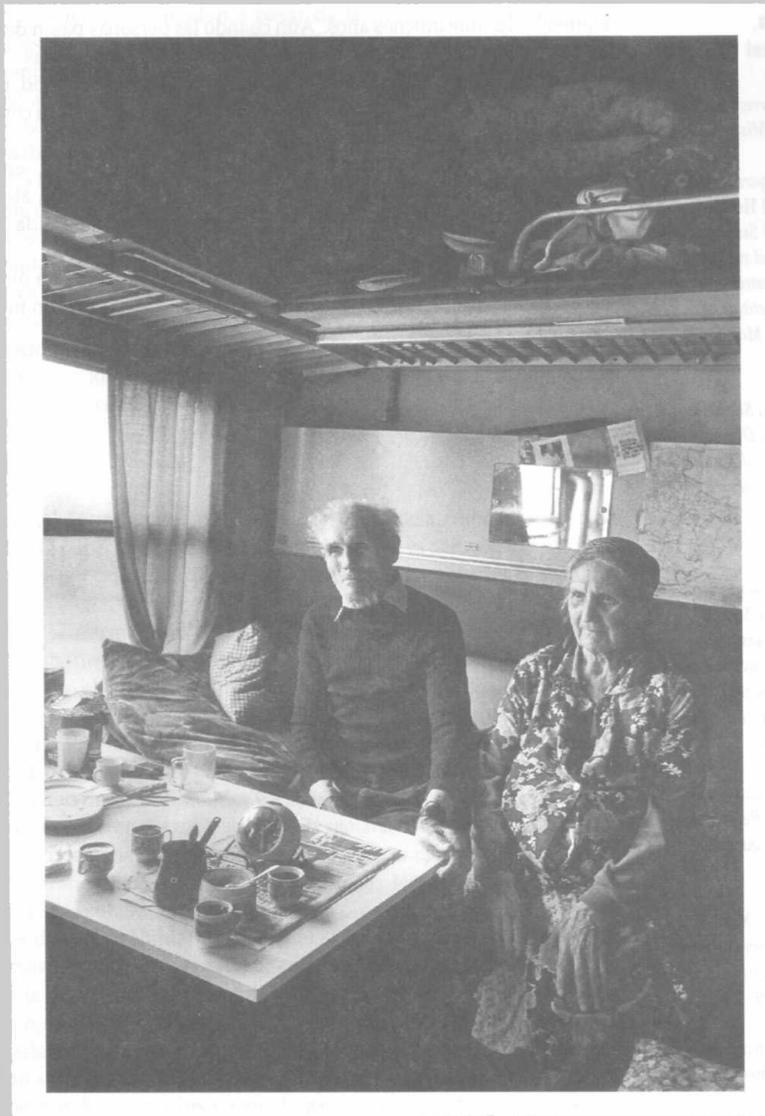
Cruz Roja Americana: ver capítulo 14.

sintiendo durante muchos años. Aún cuando las personas pasen de la etapa de duelo a la de aceptación, muchos no se recuperarán nunca de sus pérdidas.

La curación de la comunidad también tomará mucho tiempo, mientras persistan las diferencias entre quienes quieren irse del lugar y quienes desean continuar viviendo en él a pesar de sus reacciones ante el desastre.

La Cruz Roja Americana, así como otras agencias, empresas, entidades gubernamentales e individuos, trabajaron conjuntamente para atender las necesidades en Oklahoma y en el resto del país, ya que todos sufrían la pérdida de familiares, amigos, de su comunidad y la pérdida de la sensación de seguridad.

El conocimiento obtenido debe compartirse para permitir a otros atender mejor las necesidades psicológicas de las víctimas y de los trabajadores en futuros desastres. ■



Refugiados de tranvía: La guerra en la Antigua Yugoslavia ha empujado a las personas primero en una dirección, después en otra y de nuevo a la primera. Los civiles que huyen del conflicto pueden ser refugiados, desplazados o simples víctimas de la guerra. Los desastres buscan a los vulnerables y destruyen sus vidas o sus medios de subsistencia, por lo que son aquellos con menos capacidad de resistencia (ancianos, jóvenes, pobres, enfermos) los que sufren más. En un país donde el apoyo familiar era un recurso fundamental de supervivencia, los ancianos padecen grandes necesidades, como esta pareja que vive en un vagón de tranvía que han convertido en hogar.

Viejos y solos, Croacia, 1995. Sebastiao Salgado/Magnum.

Trayendo el socorro a quienes deben huir

El zacate crecía en el pueblo cerca del río Glina donde el viejo Iván Mladjenović acostumbraba cultivar. Durante cuatro largos años él permaneció en un campamento para refugiados y no pensaba en otra cosa que en regresar a su casa. Pero cuando regresó el año pasado, esta ya no existía. Iván, de 68 años, solo puede presumir que su casa fue incendiada. Ni siquiera podía imaginar adónde fueron a parar los escombros. «No quedó nada», dijo.

Cuando las hostilidades se iniciaron en la antigua Yugoslavia, el odio que barnó la región de Banija, en Croacia, en 1991, lo dejó viviendo en Krajina, parte del tercio de Croacia bajo control de los serbios.

Iván, que es un croata, así como Marica, su esposa, huyeron como muchos otros. Cuando Krajina cayó en manos de las fuerzas croatas, en 1995, él volvió y encontró el pueblo en ruinas. Hoy día permanece en un campo de refugiados: «Estamos muy viejos, ¿cómo podríamos reconstruir el trabajo de toda una vida?». La historia de Iván no es poco común. Mucho fue destruido en esta área y mucho permanecería fuera del alcance de aquellos que huyeron.

Desde la caída de Krajina, en agosto, el cambio de rostro de Croacia y de Bosnia y Herzegovina ha traído mayor incertidumbre a los refugiados y a los desplazados. «El estado de ánimo es más oscuro ahora que nunca antes», dice Irena Barisic, una trabajadora social de la Cruz Roja Croata del campamento donde está Iván en Sisak, un pueblo que antes de agosto se hallaba ubicado en la primera línea de fuego.

«Al principio, cuando llegaron, los refugiados se sintieron impresionados y estresados. Después empezaron a vivir, empezaron a sentir la esperanza de que un día todo terminaría. Ahora tal vez sea cuando esto es posible, pero muchos no tienen un hogar adonde regresar.» Este capítulo trata sobre el impacto del desplazamiento y la destrucción en la región de los Balcanes.

Inmediatamente después del acuerdo de paz auspiciado por los Estados Unidos en Dayton, Ohio, en noviembre de 1995, todas las partes en conflicto, así como las agencias humanitarias, han tratado de hacerle frente a la situación en que se encuentran millones de personas necesitadas, así como de participar en la reconstrucción política, económica y social.

Aunque la paz sea duradera, y con ella el derecho de retorno para todos, las secuelas del drama de los pueblos bosnio-serbios, croatas y musulmanes, se prolongará por muchos años. El conflicto convirtió en desplazados y refugiados a más de tres millones de personas. Cientos de miles nunca podrán regresar a casa. Y otros miles no querrán empezar de nuevo.

Muchos creen que la partición de Bosnia y Herzegovina es un hecho. El acuerdo de Dayton reconoce formalmente la existencia de una república serbia y de una federación

musulmano-croata. Pero el caparazón de un gobierno central y de una estructura federal bosnia no puede esconder la realidad de un país escindido. Como dicen muchos comentaristas políticos, la principal interrogante humanitaria está clara: ¿qué pasará con todas las personas que se quedaron sin hogar?

Algunos no regresarán. ¿Regresarán los musulmanes a la región de Zvornik en el este de Bosnia, donde sus casas fueron quemadas y sus mezquitas destruidas? ¿Podrá un croata reiniciar su vida en un pueblo cerca de Banja Luka, donde el cura fue quemado vivo o la iglesia destruida? ¿Podrán los serbios retornar a los pueblos de Krajina de donde han desaparecido los civiles?

Teóricamente, Dayton garantiza no sólo el derecho de retorno, sino la recuperación de las propiedades o una compensación. Quienes firmaron el tratado aseguran que todos pueden regresar «con seguridad, sin riesgo de hostigamiento, intimidación, persecución o discriminación, particularmente por razones de origen étnico, creencia religiosa u opinión política». Si esto es real, se comprobará con el tiempo.

Cada invierno ha traído consigo dolor desde que el conflicto se inició en la antigua Yugoslavia. Pero tanto la Federación Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, como el Comité Internacional de la Cruz Roja, se prepararon para lo peor conforme se acercaba el año 1996. Nunca antes había existido una crisis de refugiados más grande y nunca habían sido los recursos de la población más limitados.

Lucha por el territorio

Incluso tomando en cuenta a Bosnia, la antigua Yugoslavia inició 1995 con 650 mil refugiados y desplazados. Durante el verano y el otoño ocurrieron movimientos masivos de población. Antes del cese al fuego, en el otoño los ejércitos se pelearon por territorios con los cuales negociar. Más de 400 mil nuevas víctimas del conflicto debieron señalar un nuevo lugar para vivir.

En Krajina, abandonado por 200 mil serbios cuando se inició la ofensiva croata, sólo nueve mil personas, principalmente de la tercera edad, quedaron en algunos poblados remotos. Grupos étnicos expulsados de Bosnia noroccidental empezaron a reasentarse en esa misma área. Ellos también eran indigentes. En Bosnia central, decenas de miles de croatas y musulmanes llegaron después de que fueron expulsados de los refugios seguros que las Naciones Unidas mantuvieron en Srebrenica y Zepa y de la región de Banja Luka, en el otoño. En Croacia, 21 mil personas buscaron un santuario.

Por su parte, en la República Federal de Yugoslavia, las autoridades luchaban para asimilar a 175 mil refugiados provenientes de Slavonia occidental y de Krajina. Su economía, debilitada debido a las sanciones de las Naciones Unidas y a la escasa ayuda internacional, ya estaba soportando el peso de 430 mil refugiados registrados.

Alrededor de Banja Luka, en la parte de Bosnia controlada por los serbios, el número de desplazados superaba los 150 mil a finales de octubre. Las autoridades locales habían utilizado los edificios públicos, las escuelas, los centros deportivos, las casas privadas e, incluso, las casas parcialmente destruidas, para albergar a los refugiados.

En otras partes de Bosnia controladas por los serbios, había 50 mil personas altamente vulnerables, cuyas casas fueron destruidas por el conflicto, en algunos casos producto del bombardeo de la OTAN.

Las necesidades de largo plazo son obvias. La ayuda masiva para la reconstrucción llegará a Bosnia, pero se necesita mucho más que dinero, ladrillos y argamasa para restaurar un país. La propia sociedad debe reconstruirse. Como lo ha enfatizado el Informe Mundial de Desastres, la harina de trigo no puede resolver los problemas políticos en la antigua Yugoslavia ni en ningún otro sitio. Lo que está claro es que la conveniencia política no puede ocultar las necesidades humanitarias.

Algunos problemas han estado encubiertos por la indiferencia. El sufrimiento de los civiles serbios ha pasado casi desapercibido. Quienes dejaron Krajina y Eslavonia occidental fueron noticia sólo momentáneamente. El cómo los desplazados serbios

sobrevivieron posteriormente, fue de poco interés para los medios de comunicación, aunque también las autoridades serbias en Bosnia ayudaron muy poco a los periodistas, quienes no podían moverse libremente en los territorios bosnios controlados por los serbios.

¿Había algo más? Alexander Cockburn, de los Angeles Times, comentaba: «Cuando los musulmanes bosnios fueron bombardeados, expulsados de sus hogares, o asesinados, el mundo lloró. Cuando los serbios son arrojados de sus hogares o son descubiertos con sus cuellos cortados, los ojos permanecen secos. Cuando los serbios hacen la limpieza se le llama genocidio. Cuando los serbios son víctimas de la limpieza se hace el silencio o se exclama que eso se veía venir sobre ellos»

El mundo occidental, particularmente los medios de comunicación, han manifestado claramente mucho menor simpatía para las víctimas en el lado serbio. Los periodistas que llegaron a Croacia en 1992 y 1993 para relatar el dolor y la desesperación de los desplazados croatas y de los refugiados bosnios, no tenían interés de informar sobre más de medio millón de refugiados serbios en la República Federal de Yugoslavia. Los donantes occidentales son numerosos en las regiones musulmanas y croatas de Bosnia, pero muy pocos en la región serbia

Quienes emigraban enfrentaban nuevos obstáculos para encontrar casa conforme se acercaba el agudo invierno. Tras huir con unos pocos haberes y dejar atrás cosechas sin recoger, muchos fueron enviados a poblados destruidos y abandonados. Allí tenían tierras pero nada con qué trabajarlas y con frecuencia tampoco un techo. Otros fueron ubicados en casas de familias huéspedes. ¿Cuánto tiempo después se convirtieron los desplazados en una carga? Alrededor de los pueblos de Brod, Derventa y Vurkosalvje, en el norte de Bosnia, miles estaban viviendo en condiciones infrahumanas, algunos en comunidades sin agua ni sanidad pública. En Brod, el 40% del pueblo estaba destruido y el 60% del

Recuadro 9.1 Bosnia: ¿habrá un lavado de cerebro?

Cuando le llegó la beca para un colegio norteamericano, la joven mujer de pelo negro de Sarajevo, dudaba sobre cuál materia escoger. La literatura inglesa moderna la atraía enormemente pero consideró que eso era egoísta. Le preguntó a un amigo de la Federación Internacional: «¿qué será lo que más necesitará Bosnia cuando yo haya terminado de estudiar?». Escogió psicología.

Mientras languidecía en un campamento de refugiados en Croacia por más de un año, ésta joven mujer vio de cerca el trauma de la guerra, las angustias, el dolor y la devastación. Se prometió a sí misma hacer su mayor esfuerzo para estudiar nuevamente

Se solicitó a la Federación escoger a algunos jóvenes capaces, de entre más de 280 de campamentos para refugiados en todo el país, que quisieran aplicar para un pequeño número de becas universitarias de cuatro años de duración en los Estados Unidos. La joven de Sarajevo, una intérprete voluntaria en su campamento, fue la primera en la lista. En los últimos dos años y medio ha hecho grandes avances en sus estudios en los Estados Unidos. Probablemente se graduará un año antes de lo previsto.

La universidad, orgullosa de ella, le ha ofrecido estudios de posgrado como estudiante de alto rendimiento. Ahora enfrenta un dilema ¿deberá regresar a Bosnia o permanecer en los Estados Unidos donde podría tener un brillante futuro? Preguntas similares se hacen muchos jóvenes talentos

bosnios de todas las facciones políticas.

Cansados del conflicto y la política en los Balcanes, opuestos a una sociedad homogénea, temerosos de que la paz no dure, muchos de los que están en el extranjero permanecerán allí y muchos de sus amigos en Bosnia están ansiosos por emigrar en la primera oportunidad.

Una joven periodista serbio-bosnia, que se protegía de los bombardeos aéreos de la OTAN en un refugio en Banja Luka, en setiembre pasado, dijo: "qué clase de futuro existe aquí para nadie, yo tengo un hijo y, como su madre, debo hacer lo mejor por él, no quiero que crezca en esto".

Aida, una diseñadora gráfica de 24 años, sufrió lo peor del cerco a Sarajevo cuando su hermana mayor, atrapada en Croacia desde el inicio del conflicto, se enfermó y ella se escapó a Zagreb para atenderla. Cuando su hermana mejoró, ambas regresaron pues Aida se negaba a abandonar su hogar en esta hora de necesidad.

No obstante, cuando llegó la paz, ella y su esposo, un soldado, dejaron la ciudad que amaban y emigraron a los Estados Unidos. Ella tenía seis meses de embarazo. Un amigo en los Estados Unidos les había ofrecido ayuda y a su esposo lo esperaba un trabajo como instructor de esquí

Ellos trabajarán duro y prosperarán. Aida lloraba al dejar a sus amigos, diciendo que le rompía el corazón, pero no había nada para ella en Bosnia. Sarajevo ya no era Sarajevo, la guerra la había dividido. Bosnia es la que perdió con su partida. ■

acueducto sufría problemas de filtración. La población se duplicó con la llegada de ocho mil personas más. Incluso el consumo de agua era riesgoso. El acueducto subterráneo abastecido por el río Save tenía un elevado contenido de hierro, lo que motivó la epidemia de diarrea del pueblo.

Conforme los refugiados serbios de Bosnia llegaban, las minorías croatas y musulmanas eran violentamente obligadas a dejar el espacio como un capítulo final de la «limpieza étnica». Ese proceso de desplazamiento forzado se salió de control cuando grupos de refugiados provenientes de diferentes regiones se encontraban en los caminos. Hubo informes de asesinatos. La intimidación y las golpizas eran asunto de todos los días.

Para algunos serbios de la tercera edad esto era demasiado. Entre ellos las muertes repentinas en los centros colectivos a veces no tenían más explicación que el agotamiento físico y psicológico. Habían perdido todo. Habían sido desarraigados dos, tres y hasta cuatro veces. Es como si, por fin, se hubieran dado por vencidos y hubieran decidido morir.

Ruta de escape

De los 500 mil musulmanes y croatas que habían en la región noroccidental de Bosnia y en Banja Luka antes del conflicto, solo quedaban 30 mil al final del verano. La llegada de los serbios precipitó de tal manera la expulsión, que la ruta de escape no podía hacerle frente. Al otro lado del río Save, en la frontera bosnio-croata, las autoridades croatas trataban de frenar el paso de personas para dar tiempo a que las que habían llegado antes pudieran ser acomodadas. Los campamentos de refugiados estaban saturados, decían. Había un control efectivo de la entrada de musulmanes. En los pueblos al norte de Bosnia, como Prijedor y Sanski Most, las minorías se encontraban en una situación crítica. El miedo era evidente. Los musulmanes, sin lugar adonde ir, expulsados de sus hogares, se trasladaron a vivir con amigos y familias, los cuales posteriormente también eran obligados a marcharse. Las agencias en el norte de Bosnia veían esto y no lo creían. ¿Cómo era posible que se negara a los expulsados el derecho de cruzar hasta la frontera más cercana, derecho consagrado en la legislación internacional? Era fácil acusar a Croacia, pero Croacia había sido inundada con refugiados y desplazados desde el inicio del conflicto. Si se abrían otras fronteras los refugiados podrían transitar a través de Croacia. El ACNUR informó que tomó tres meses arreglar el paso de musulmanes a terceros países.

En ningún lugar fue más evidente el impedimento de ingreso que en Banja Luka. Los expulsados se amontonaban en refugios de plástico para protegerse de la lluvia; con sus rostros cansados miraban hacia el patio de una escuela de conductores convertida en un centro de tránsito. Hombres, mujeres y niños, agotados y asustados, esperaban para cruzar a Croacia.

El centro de tránsito empezó a parecer un campamento de refugiados. Cada vez llegaba más gente atemorizada. La protección de la policía garantizaba la atención del centro, las agencias proporcionaron agua y sanidad y había disponible una comida al día. Era un lugar apto solamente para pasar una noche, pero algunas personas permanecieron allí durante semanas.

El mismo se ubicaba en el punto de encuentro de los refugiados de diferentes regiones. Antes de partir, la gente leía los anuncios de propiedades pegados en una pared. Los serbios de Krajina los habían pegado ahí con la esperanza de poder intercambiar legalmente, con los musulmanes y croatas que huían, las casas que habían dejado en Croacia. Era un riesgo para ambas partes. Nadie sabía qué había quedado en pie o qué encontrarían cuando llegaran al sitio. Evidentemente los negocios no estaban en su mejor momento en Banja Luka. Además, las autoridades definían hacia dónde debían ir muchos de los refugiados.

El reasentamiento en áreas abandonadas por los serbios fue una primera prioridad en el otoño pasado, tanto en Croacia como en Bosnia. La movilización, detrás de la línea del

frente llegaba algunas veces a proporciones enormes. El bienestar de las personas parecía tener poca importancia y su seguridad era totalmente desatendida, como fue el caso, por ejemplo, de los 250 desplazados transportados al poblado bosnio de Kondusa, a 16 Km al noreste de Petrovac, en setiembre de 1995. Cuando llegaron ahí el pueblo aún estaba minado, había cadáveres en las casas y restos de animales por todas partes. Las autoridades argumentaron que los alojamientos en otras partes eran escasos, por lo que no tenían otra opción. Pero los desplazados no aceptaron y se negaron a quedarse.

En Croacia tuvo lugar una ingeniería social más sutil. Fuentes de la Iglesia Católica informaron que algunos curas expulsados de Bosnia fueron obligados a reubicarse, junto con sus comunidades, en territorios controlados por los croatas. Funcionarios de algunas agencias fueron testigos de como dos curas católicos se negaron a esta solicitud hecha por los oficiales croatas, por lo que recibieron un ultimátum: o lo aceptaban o salían de Bosnia.

En respuesta a toda esta situación, la Federación Internacional, el CICR, el ACNUR y otras agencias, expresaron su preocupación o protestaron vehementemente cuando fue necesario. Todas las partes en conflicto en la Antigua Yugoslavia, han violado ampliamente el derecho de los pueblos a la seguridad y la dignidad.

Tras escapar a la pesadilla de Bosnia, estos derechos les fueron nuevamente denegados a los musulmanes y a los croatas.

Una de las protestas más fuertes provino de la Federación cuando, a finales de setiembre, la Oficina para Desplazados y Refugiados en Croacia anunció que revocaría el estatus de refugiado a 100 mil personas de Bosnia y Herzegovina, como parte de un plan para hacerlas regresar a sus hogares. Era claro que la seguridad de los retornados no podía garantizarse en muchas de las zonas a las que habían sido destinados. La Federación alegó que con el invierno cerca, el tiempo para movilizarse no era propicio, por lo que pospuso el lanzamiento de un llamamiento que tenía preparado para Croacia.

Recuadro 9.2 Antigua Yugoslavia: la amenaza de las minas

Existen seis millones de minas en la antigua Yugoslavia, tres de ellos en Croacia. Según las Naciones Unidas, las minas pueden ser el principal obstáculo para el reinicio de una vida normal, debido tanto a los heridos y muertos que pueden provocar, como al perjuicio económico que significan los campos sin cultivar.

Los riesgos aumentan con el retorno de los civiles a los que fueron campos de batalla y la llegada de pobladores, víctimas de la limpieza étnica a regiones étnicamente evacuadas. Quienes se fueron se llevaron consigo lo que sabían sobre las minas, quienes llegan, incluidos los socorristas, pueden pagar un precio muy alto por un descuido...

A mediados de 1995, la Organización Mundial de la Salud calculaba que las minas en los territorios de lo que fue Yugoslavia habían causado por lo menos cinco mil amputaciones, sin tomar en cuenta los muertos y los heridos por fragmentación, ya que las estadísticas de las áreas controladas por los serbios no eran disponibles. La organización Handicap International indicó que en Mostar, Tuzla y Zenica tenían lugar entre 20 y 30 amputaciones diarias. Para el CICR esto implicaba un gran aumento: a principios de 1995 se registraban cuatro al mes en Zenica, pero en julio eran de 238. En el antiguo sector norte de las Naciones Unidas (norte de Krajina),

pasaron de 36 en enero a 106 en junio. En la parte sur pasaron de cinco en enero a 20 en mayo. Los casos podrían aumentar según avance el reasentamiento.

Las autoridades croatas se han movilizado rápidamente, pero el Centro de Acción sobre Minas de las Naciones Unidas, en Zagreb, manifestó que tres millones de minas en más de 1000 km² conllevan graves y prolongados efectos.

En Camboya, la limpieza de minas en apenas 10 Km² costó 7 millones de dólares.

La existencia de una mejor infraestructura en Croacia podría reducir los costos, pero esta reducción sería insignificante.

El problema de las minas terrestres en los Balcanes es solo una parte del azote mundial que significan más de 110 millones de minas, esparcidas en 64 países: matan o incapacitan a más de 2000 personas cada mes.

El Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, conmovidos por este sufrimiento innecesario, han lanzado una campaña mundial para prohibir las minas terrestres. El lema de la campaña es directo y simple: «Las minas terrestres deben eliminarse». Para mayor información sobre esta campaña contacte a la Federación Internacional o al CICR, cuyas direcciones aparecen en el capítulo 14. ■

Los croatas, después de otras protestas, se comprometieron a hacer una nueva calendarización. Ningún refugiado sería forzado a repatriarse, prometieron.

En la región de Krajina se hacía un reasentamiento en el momento en que las fuerzas croatas lanzaron, en agosto, la operación «Tormenta» con el fin de recuperar esa región de manos de los serbio-croatas rebeldes, lo que hizo que la mayor parte de la población huyera. Sin embargo, unos pocos miles de ancianos serbios debieron permanecer en el lugar en medio de la indigencia, la intimidación, la persecución e incluso la muerte. No existía ley en Krajina: las casas eran quemadas, el ganado se movía libremente y algunos croatas saqueaban las residencias de los serbios. La mayor parte de los que ahí se encontraban eran foráneos. Incluso los policías eran de afuera. Los recién llegados eran croatas, aunque la mayoría hablaba con acento bosnio.

Manda Ivscanin, de 51 años, y sus tres hijos, vivían en un pequeño y destrozado pueblo de Udbina. Habían huido de Presnace, un pueblo cerca de Banja Luka. El templo católico, Santa Teresa, había sido destruido. Entre los restos de la iglesia se encontraron los cuerpos del cura, Filip Lukenda, de 52 años, y de la hermana Cecilija, monja de 43 años. La mayoría de las informaciones recogidas indican que fueron bañados con petróleo y después les prendieron fuego. Manda dice que este fue el clímax: la gente comprendió que no tenía sentido quedarse.

Solicitud de búsqueda

Cuando se presentó la oportunidad, en agosto, ella y sus hijos cruzaron el río Save. Su esposo, de 53 años, no los acompañaba. Dos semanas antes había sido detenido por lo que se denominaba en la antigua Yugoslavia «obligación de trabajo». En la mayoría de las ocasiones esto ha significado trabajar en la línea del frente. Hombres provenientes de las minorías eran presionados a cavar trincheras, limpiar minas y trabajar en condiciones que ponían en peligro sus vidas. Aunque el derecho internacional lo prohíbe, este no tenía ninguna influencia en lugares como Presnace. Manda llenó una solicitud de búsqueda en el CICR. Meses después sigue sin recibir respuesta. El es uno de las decenas de miles de hombres «desaparecidos».

Su primera preocupación fue la sobrevivencia: encontrar trabajo, dinero y ropa de invierno. Esta familia, como la de todos los refugiados, recibió una pequeña donación del gobierno croata. Además, contaba con pan gratuito, el CICR distribuía paquetes de alimentos y la Cruz Roja Croata y la Federación planeaban un programa de socorro.

Cuando se le preguntó qué esperaba, Manda contestó: «Mi esposo ... trabajo para mis hijos». ¿Consideraría volver a Presnace? La respuesta fue larga y dubitativa, pero al final fue un sí, mañana, si pudieran estar seguros. De cualquier manera Presnace era su hogar, independientemente de lo que allí hubiera sucedido.

Udbina al menos tenía agua y electricidad. Si el gobierno croata continuaba con sus planes de reasentar a decenas de miles de personas en un corto período de tiempo, sin tomar provisiones a nivel de infraestructura, era de prever el surgimiento de otras crisis. Una investigación realizada por la Cruz Roja Danesa demostró que el sistema de distribución de agua estaba en franco deterioro. El ingeniero Bjorn Sorenson dijo: «la única razón por la cual no estamos enfrentando una emergencia, es que la población apenas recibe una gota en este momento.» El danés citó una letanía de problemas, incluido el de que había un 30% ó 40% de filtraciones en el abastecimiento de agua en el área sur de Knin. «Normalmente en Europa se puede aceptar hasta un 15% de filtración sin sentir alarma -dijo-, pero si se llega hasta un 60% es mejor cavar en todo el sistema y reemplazarlo. A menos que se haga algo podemos superar este porcentaje muy pronto».

Además, la tubería en el área de Vrhovine había estado bloqueada e inutilizada por casi cinco años y con toda seguridad no era posible repararla. La de los pueblos de Licki Osisk, Medak y Donji Lapac se hallaban seriamente dañadas. La principal de las regiones de Benkovac y Zadar se decía que estaba perdiendo un 60% debido a lo corroída que se hallaba al atravesar el río Karisnica.

Los daños causados por la guerra, la destrucción deliberada y el escaso mantenimiento, si es que había alguno, había dejado el sur de Krajina en graves problemas. El danés sugirió a la Sociedad Nacional implementar urgentemente un programa de mantenimiento y detener las filtraciones. El gobierno croata había anunciado que quería llevar 80 mil personas a Krajina en los próximos meses.

La escala y la barbarie adquiridas por el conflicto en la antigua Yugoslavia deben proporcionar muchas enseñanzas a la comunidad internacional. Las agencias humanitarias deben ser más hábiles, rápidas y mejor coordinadas. Ha sido una prueba de fuego para todos los integrantes del Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, trabajar juntos. Krajina fue tal vez el último reto.

Europa no había visto ningún éxodo étnico parecido desde la Segunda Guerra Mundial. Cuando se inició la ofensiva croata, 200 mil serbo-croatas huyeron de allí en carretas tiradas por caballos, tractores, trailers, carros y autobuses.

Conforme las primeras columnas de refugiados llegaban a Bosnia, a través de Croacia,

Recuadro 9.3 Persiguiendo el bienestar si la paz persiste

Janja sujeta su rosario y dice: «¿cuándo abandoné Gradacac? Ya lo olvidé». Las «paprikas» ya estaban enrojeciendo. Ella es una anciana de 89 ó 90 años que vive en un campamento de refugiados en Slovenia. La mayor parte del tiempo se sienta en la cama con su rosario y su pañuelo negro, rezando en silencio y llorando por cosas que olvida...

Zalkilda, de 45 años, es una enferma mental. Su casa en el distrito Batva de Tuzla, es un hueco sin higiene, del cual sale un olor nauseabundo. Es imposible saber cuándo se aseó por última vez. Ella mira fijamente debajo de las sábanas pero ignora las preguntas. Las cortinas, a media tarde están cerradas. Sola, busca la oscuridad. Los vecinos algunas veces le dejan comida, pero el servicio de bienestar social del lugar camina a la parálisis. El Centro de Trabajo Social de Tuzla no tiene fondos.

Los campamentos de refugiados y desplazados están llenos de Janjas y los pueblos esconden muchas Zalkildas. Viejas y enfermas, incontinentes y seniles, mentalmente enfermas y discapacitadas, abandonadas por sus familias o perdidas, nadie las quería, mucho menos los países que ofrecían acoger refugiados.

¿Quién se hará cargo de estas personas si la paz continúa? La atención para los ancianos con personal capacitado debe ser una prioridad.

Dado el colapso en el sistema de bienestar social, es poco realista esperar que las repúblicas que integraron la antigua Yugoslavia puedan enfrentar solas la actual situación. Mientras otros inician la reconstrucción, Janja, Zalkilda y muchos otros enfrentan una nueva crisis.

Zalkilda solo le habla a una persona, Sala Nakic, una voluntaria de la Cruz Roja de Tuzla. Sala dice que Salkilda ha estado enferma por mucho tiempo y que ha desarrollado problemas respiratorios. «De no haber habido una guerra, ella estaría en una institución. Pero ahora, ese lugar está al otro lado de la antigua línea de combate». Sala forma parte del Programa de Atención Social de la Cruz Roja Suiza que

es ejecutado por las filiales de la Cruz Roja de Tuzla. Este programa ofrece ayuda alimentaria (paquetes de cinco kilos de alimentos listos para comer, sopas deshidratadas, sal, queso) y permite que los voluntarios accedan a los hogares de los más vulnerables.

En el cantón de Tuzla el programa logró identificar siete mil personas que no cuentan con ayuda de sus familias, el Estado o una agencia de socorro. Son viejos solos, paralíticos o discapacitados. Algunos padecen disturbios mentales y ninguno puede velar por sí mismo.

La Cruz Roja Suiza movilizó a todas las 14 filiales municipales de la Cruz Roja y hasta a 500 voluntarios que visitan a estas personas día por medio para darles un paquete de alimentos y lo que Mitchell Paris, el coordinador de la Cruz Roja Suiza, describe con una presencia social regular.

En la antigua Yugoslavia la distribución del socorro permite establecer contactos con los vulnerables y brinda una oportunidad de ofrecer una mayor protección. En Croacia, después de que los serbio-croatas dejaron Krajina, 9000 ancianos serbios quedaron rezagados, demasiado débiles o tercos para correr. Dado el medio hostil, la falta de apoyo comunitario y la cercanía del invierno, todos son vulnerables.

Equipos móviles de la Cruz Roja salieron a buscar a estas personas. Les proporcionaron alimentos, utensilios de higiene, atención médica y protección y les informaron a las autoridades croatas del hostigamiento de que eran víctimas. El contacto humano es vital: ¿quién si no visitaría a Marija Radinovic de 84 años de edad? Algunos quemaron y saquearon casas en su pueblo, pero Marija ni siquiera sueña en dejarlo.

Su casa es baja, de una sola pieza y con piso de piedra. Arriba tiene un poquito de comida, de frutas secas para el té y alguna ropa. En el patio hay algunas gallinas. Cultiva vegetales y hay agua. Es suficiente, dice. No lo es, pero un equipo de socorro de la Cruz Roja Croata le dará seguimiento. El socorro puede tener un valor agregado. ■